

SITUACIÓN HISTÓRICA

A la muerte de Basilio II, en 1025, el Imperio bizantino se hallaba en su apogeo, con un territorio extenso, unas finanzas saneadas y una monarquía prestigiosa y fuerte. Pero, tras él, una sucesión de monarcas débiles (quince emperadores o emperatrices desde 1025 hasta 1081), ahogados por los conflictos familiares, las traiciones y las maquinaciones de validos y cuyas decisiones políticas, militares y financieras resultaron nefastas, socavaron progresivamente los logros anteriores. Fue una época convulsa. En el interior, la institución patriarcal, la jerarquía militar y la aristocracia terrateniente intentaron aprovecharse del vacío de poder, manteniendo entre ellas conflictos frecuentes y en ocasiones sangrientos. Mientras, en el exterior, la defensa del Imperio se debilitaba, para culminar en 1071 con la derrota de las tropas bizantinas en la batalla de Manzikert contra los turcos seléucidas y la pérdida de Asia Menor. La situación se estabilizó a partir de 1081, con la llegada de Alejo I Comneno. Sus victorias militares y su política ayudaron a superar la gran crisis previa que, sin embargo, no supuso una interrupción completa de la fase de expansión económica del Imperio bizantino, prolongada hasta el siglo siguiente.

A pesar de todo, la capital seguía siendo un centro importante desde el punto de vista comercial, político y cultural, donde se relacionaban unos grupos cada vez más numerosos de funcionarios y cortesanos, que aspiraban

a ascender a las categorías más altas de la Administración. Esta aristocracia civil fue, en gran parte del siglo, la clase más influyente, pues al ocupar los más altos cargos funcionariales iba ganando peso en la corte. La movilidad vertical fue, por ello, uno de los rasgos más característicos del cambio social del siglo XI. Al mismo tiempo, se constituyó un entramado de relaciones, de promociones y de alianzas en torno a la figura del emperador o de sus cercanos, definido por Ahrweiler como «solidaridades horizontales», muy distintas a las antiguas jerarquías¹. En este ambiente destacan grandes intelectuales, que a sí mismos se definen como *λόγιοι* (*lógiōi*)², como Juan Sifilino, Juan Mauropo, Constantino Licudes, y sobre todo, Miguel Pselo, dado que lo que primaba en esa nueva situación social no era tanto la riqueza o la alta cuna como determinadas capacidades —principalmente intelectuales— para moverse y obtener los mayores beneficios en el nuevo entramado social, lo que Haldon ha llamado «pseudo-meritocracia»³, pues solo afectaba a una elite muy restringida que durante un tiempo ocupó los más altos puestos del poder. Ese acceso no fue fácil, ya que no solo requería una preparación⁴, unos exámenes⁵, sino también una constante petición de honores, puestos y ayudas⁶. Al mismo tiempo, estos intelectuales dejaron una ingente producción literaria, desde cartas personales a tratados filosóficos o científicos y poesía. Con ella demostraban su competencia y, por tanto, su disposición a acceder a ese estrato elevado de poder, pero al tiempo se exponían públicamente, como luego se verá, al ataque de

¹ Ahrweiler, 1976: 110-111.

² Para esta expresión, Bernard, 2014a: 176.

³ Haldon, 2009: 179.

⁴ De ello hace gala Cristóbal de Mitilene en el poema 16 [40K], 75: «necesitas tiempo, esfuerzo y lámpara».

⁵ Aunque no está claro en qué consistían, véase Bernard, 2014a: 170.

⁶ Cfr., por ejemplo, el poema 19 [55K] de Cristóbal.

sus enemigos, tanto del exterior como del interior de su grupo, los *lógioi*.

Este *politikón génos* encontró oposición en el *stratiōtikón génos*⁷, que había tenido un gran poder hasta el momento, pero también en la jerarquía religiosa, aunque en este caso, como era normal recompensar con un cargo eclesiástico a muchos de estos intelectuales favorecidos —por ejemplo, Constantino Licudes, elegido patriarca de Constantinopla en 1059—, el trasvase entre un grupo y otro dificulta la percepción de afinidades y odios. No obstante, hay que hablar, al menos, de dos personajes que ocasionalmente pudieron ser considerados enemigos, más políticos que ideológicos, por nuestros *lógioi*: en primer lugar, la gran figura religiosa del período, Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla de 1043 a 1058, amigo político del emperador Constantino IX Monómaco, en cuyo patriarcado se produjo la separación definitiva de las Iglesias de Oriente y Occidente. Y por otro lado, Simeón el Nuevo Teólogo, muerto en 1022, defensor de una religiosidad individual de carácter ascético⁸. Sobre la actitud de nuestros poetas acerca de distintos personajes del clero, véase *infra*.

Los años de mayor influencia de esa casta de funcionarios supusieron un importante renacimiento de la vida intelectual, que había languidecido en el reinado de Basilio II y que alcanzó su momento álgido con Constantino IX Monómaco y también en la breve dinastía Ducas (1059-1078). A esta etapa se la conoce con la expresión de Lemerle: «le gouvernement des philosophes»⁹. De este círculo provino

⁷ La diferencia la plantea ya Pselo, *Cronografía* VII. 1. Para las implicaciones de esta oposición, véase, por ejemplo, Cheynet, 1990: 191-198. Un personaje que pudiera ser representativo de este último grupo es Cecaumeno, véase Signes, 2000: 19-22.

⁸ Para estas dos distintas posturas intelectuales, véase como obra general, Hussey, 1960.

⁹ Lemerle, 1977.

la revitalización de los estudios superiores en Constantinopla, donde en el año 1045 se crearon dos escuelas superiores, una para la enseñanza del derecho y otra de la filosofía, aunque esta última no parece que fuera en realidad una escuela financiada por el Estado¹⁰.

En definitiva, se trata de una época de cambio económico y social que desafió la estructura teocrática y hierática del Estado bizantino. Desde el punto de vista que nos interesa, con el auge de las ciudades y la mejora de la economía, se acrecienta la diferenciación social entre la nobleza militar —y terrateniente— y la civil, en la que se encuentran las elites comercial, profesional e intelectual. A esta última pertenecen todos los poetas, nominados o no, seleccionados en la presente antología. Por ello es importante hacer unas consideraciones previas acerca de la formación intelectual de este grupo.

LA EDUCACIÓN EN BIZANCIO

La situación cultural de Bizancio en estos momentos se explica por unas condiciones educativas especiales, aunque, como para otras épocas y lugares, no es fácil establecer con precisión el nivel ni la extensión de la misma¹¹. En todos los ámbitos, laicos y religiosos, hay que considerar varios niveles de alfabetización, muchos más que la distinción más sencilla en Occidente entre letrados e iletrados, en distintos grados que van del *agrámmatos* funcional (el que no sabía leer ni escribir) a aquel que poseía la habilidad y el

¹⁰ De todo ello nos da una descripción muy vívida, aunque no tan objetiva, la *Cronografía* de Pselo, que se ocupa del período transcurrido entre Basilio II y el final del reinado de Miguel VII Ducas (976-1078), véase Signes, 2005a.

¹¹ Véase Lemerle, 1977, que sigue siendo básico en este aspecto. También Browning, 1994 y la síntesis de Markopoulos, 2014.